



El estudiante, el compañero

ALBA NELFY BERNAL¹

Los años pasan, pasan las vivencias, algunas se quedan en la nebulosa de los recuerdos, otras se pierden con el paso de los años que, paulatinamente, van escondiendo historias o más bien prehistorias y las van llevando a ese cuarto de San Alejo que todos llevamos dentro. Sin embargo, hay episodios que perduran en la memoria y de 'cuando en vez' reviven, unas veces para volvernos a la alegría y otras a la tristeza y la rabia.

Me refiero específicamente a Orlando Sierra Hernández, mi compañero de universidad, mi colega, uno de mis maestros y jefe en el periódico *La Patria*. Su vil asesinato todavía duele, como duelen los de otros tantos, que por no callar su pluma fueron abatidos cobardemente, creyendo que, con ese salvaje acto, su memoria se perdería con el correr de los años. Pues morirán en el engaño.

Orlando vive, vive en la memoria de sus compañeros, amigos, alumnos, subalternos, además, sus escritos están ahí, sin perder vigencia, para retrotraerlos cuando las circunstancias lo ameriten.

Orlando, el estudiante, el compañero

¹ Licenciada en Filosofía y Letras. Periodista e investigadora del Diario La Patria. albanelfy@hotmail.com

Hablemos de Orlando Sierra, el estudiante de Filosofía y Letras, el recién desempacado de Santa Rosa de Cabal (para la fecha de su nacimiento, todavía este municipio pertenecía al Gran Caldas), era un mozuelo flaco, por no decir escuálido, medio mono, de vivarachos ojos, y en cuyo rostro sobresalía una gran nariz, la cual soportaba unos redondos anteojos (regalo de una abuela).

Por aquellos años 80 era habitual verlo acompañado por una mochila de cabuya, de variopintos colores, a la usanza de la época. En ella almacenaba libros, papeles en los papeles, libretas, lápices, lapiceros, a la mano todo, para poder plasmar lo que llegaba a su mente, empezando por las rimas, las vivencias cotidianas, sin descuidar, lógicamente, la filosofía.

Siempre estaba de ‘punto en blanco’, como diría mi madre, pero eso sí, un poco desaliñado al andar, de caminar rápido y mirada curiosa, permanentemente buscando, olfateando (sería por el tamaño de su nariz), interrogando con la expresión, inquieto, expectante; ello indispensable años más tarde para su labor periodística.

Una peculiaridad de este joven y, por supuesto, de las más notables, era su buen humor, el cual se caracterizaba por ser un humor inteligente, fino, ese que ponía a pensar, ese que unos no entendían y otros se demoraban en comprender. Con tal gracia y donosura, conquistó no solo a toda una comunidad universitaria, sino principalmente a la bellas féminas que paseaban sus encantos por los claustros de ‘nuestra gloriosa Universidad de Caldas’.

En las asambleas, por los pasillos, en los jardines, en la amplia cafetería, en las residencias universitarias ‘Gabriel Soto

Bayona’, en las aulas y, por supuesto, en la biblioteca, se veía cotidianamente a este joven, recién desempacado de la provincia, quien desde antes de arribar a estas tierras ‘ya cometía poesía’, como afirma de los poetas, el escritor de estas breñas Octavio Escobar.

Organizamos por ese entonces, los estudiantes de la de Caldas, un movimiento incipiente, luego de largas y memorables jornadas estudiantiles. Digo incipiente porque nos tocó un periodo de cruenta y espinosa represión, encabezada por el entonces rector, Carlos Iván Buitrago, y apenas empezábamos, tímidamente, a asomarnos a los movimientos de protesta.

Unos pocos estudiantes conformamos un grupo al que denominamos CAE, (Comité de Activistas Estudiantiles); volvimos a los paros escalonados, protestas en el Hall Central y en los pasillos, todo en pequeñas dosis para mantener la universidad abierta, evitar sanciones y la desbandada de los estudiantes foráneos.

Sin embargo, cuando ya cogimos un poco de fuerza nos atrevimos a parar la U por 24, 48 y 72 horas, pero siempre con el temor de que los forasteros, que en la época eran bastantes, sobre todo de la Costa Caribe y el Viejo Caldas, marcharan a sus hogares y las protestas fenecieran por falta del vital componente humano.

La respuesta del rector, como era de esperarse, fue de represión pues, debido a las nacientes protestas, movilizaciones, paros y plantones, decidió que cerrar las residencias y la cafetería era la mejor manera para que ‘esos revoltosos se fueran de regreso a sus casas’, lo cual implicaba que efectivamente la universidad quedara sin un gran número de estudiantes, pues dormir y comer por



fuera no era rentable para los padres de los muchachos. Así mismo, prohibió el préstamo del Teatro 8 de Junio.

Todo este preámbulo para contar que, como todo en movimiento estudiantil, el dinero era “abundante por su escasez”, no se contaba con denarios para alquilar equipos de sonido, ni llevar algún grupo musical, para evitar el tedio en las largas jornadas de protesta.

Un día el joven aquel, de carcajada sonora y vivaces ojos, consciente de la monotonía, literalmente “se regaló” para entretener a la tropa, como dice Les Luthier en uno de sus temas. A partir de allí, Orlando se convirtió en parte importante del movimiento estudiantil;

“sus favores” eran requeridos constantemente; la gente no se cansaba y reía a mandíbula batiente cuando hacía su aparición nadie más ni nadie menos que “El culebrero de Santa Rosa de Cabal”.

“Hablo para el aseado, el cochino puede retirarse”; “Vengo de lo más profundo de la selva del Amazonas...”, “Si usted sufre de paludismo, de impotencia, de mal de amores, si las mujeres no lo miran, si la plata se le resbala” y “Hagan rueda, señores”, y efectivamente se le hacía gran rueda.

Así que con el mozuelo estudiante de Filosofía y Letras teníamos garantizada la presencia de los estudiantes foráneos y los de casa, quienes, luego de una marcha o un mitin, se reunían en el Hall Central o en el atrio del edificio administrativo para escuchar la retahíla de “Pinocho”, apodo que se ganó no solo por su gran nariz, sino porque siempre inventaba una exageración más para su auditorio, algo nuevo escuchábamos cada vez, una anécdota, una vivencia de alguien magnificada y solemnemente contada por él.

Fueron unas excelentes vivencias. Orlando, sin ser el más “revoltoso”, ni miembro de ningún partido o grupo de izquierda (nunca lo fue), se comprometió a fondo con el movimiento estudiantil, consciente de que lo que demandábamos no era de ninguna manera insensato, ni traído de los cabellos. Pedíamos libertad de expresión, libertad para reunirnos; a cambio de ello, la comunidad universitaria estaba siendo maltratada y reprimida, y la solidaridad del mozuelo aquel fue de gran valía para el movimiento estudiantil.

Hablamos ya del cierre de la cafetería y las residencias. Cuando estas se reabrieron fueron manejadas con un

